

Biblia, Corán, Tanaj
Tres lecturas sobre
un mismo Dios

ROBERTO BLATT

T

TURNER NOEMA





Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del

Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte

Título:

Biblia, Corán, Tanaj

© Roberto Blatt, 2016

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2016

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está

permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16714-83-4

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Diseño Turner

Depósito Legal: M-34107-2016

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Introducción. Del exilio al paraíso

I LAS FUENTES

El canon

II Lecturas

1. La interpretación judía

1.1. Misná y Guemará: el Talmud

1.2. Las reglas de interpretación

1.3. Las escuelas europeas

1.4. La página talmúdica

2. La interpretación cristiana

2.1. Literalidad y verdad: san Agustín y el realismo

2.2. Demostración y milagro

3. La interpretación musulmana

3.1. Mahoma y la historia

3.2. 'Tafsir'

3.3. La sociedad islámica y el Corán

III Historia

1. La concepción judía de la historia

1.1. La visión de la Biblia

1.2. La memoria oral

1.3. Cosmopolitismo y universalidad

2. La concepción cristiana de la historia

2.1. Hechos sagrados y lugares santos

- 2.2. El futuro y el más allá
- 3. La concepción islámica de la historia
 - 3.1. Chiíes, suníes, jariyíes y sufíes
 - 3.2. La historia es expansión
- IV El buen gobierno cristiano: utopía
 - 1. La invención de los pobres
 - 2. El pulso iglesia-estado
 - 3. Laicismo y capitalismo
 - 4. La emergencia del estado moderno
 - 5. Republicanismo y nacionalismo
 - 6. La transformación del lenguaje
 - 7. Estados incluyentes, estados excluyentes
- V El buen gobierno islámico: sectarismo y herejía
 - 1. Los primeros sectarios
 - 1.1. Los omeyas
 - 1.2. Los abásidas
 - 1.3. Los ismailíes
 - 1.4. Los nizaríes
 - 1.5. Los mongoles y los mamelucos
 - 2. El imperio otomano
 - 2.1. La expansión
 - 2.2. La decadencia
 - 2.3. Irán
 - 2.4. El wahabismo
 - 2.5. Nacionalismo de última hora y la umma
 - 3. Sectarismo y herejía
- VI El buen gobierno judío: esperando al Mesías
 - 1. Idolatría y poder
 - 2. Jesús: un proyecto de refundación completa

3. La memoria vaciada

4. Mesianismo y amenaza

5. 'Bund' y sionismo

VII Demonios

1. El demonio y sus espejos

2. El choque

3. Apogeo y decadencia de los dos amos del mundo

VIII Crisis

Humillación 'versus' injusticia

Epílogo

Notas

Bibliografía

Glosario

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN. DEL EXILIO AL PARAÍSO

La tradición bíblica es una única narrativa, matriz de tres religiones, remotamente originaria de Súmer, en el sur de Irak. En cierto momento se diferenció de su tronco pagano con la legendaria salida de un simple individuo, Abraham y su familia, de Ur, (posiblemente Ur III según la arqueología), pasando por Harán, y el relato fue creciendo y desplazándose a lo largo de casi cuatro mil años, hacia el oeste, hasta alcanzar las costas atlánticas. Esa trayectoria que acabó atravesando el mundo entero representa un largo periplo iniciático, centrado esencialmente en la recuperación del paraíso perdido. Un primer itinerario se inscribió sobre guías místicas para alcanzar el *paraíso mas allá de la muerte* –en el Renacimiento fue un mapa geográfico, en pos de las maravillosas Ofir y Cipango allende los mares– y con la modernidad ha inspirado para muchos un viaje temporal, “progresista” e incluso revolucionario hacia una utopía que culmina la historia.

La tradición hebrea fue la primera en fundarse en torno a los motivos del exilio. Exilio mítico debido a la caída o expulsión del Edén, arrojados al erial en que se convirtió la naturaleza después del crimen de Caín; al que se suma el exilio histórico decidido por Abraham, que abandona la pecaminosa Babilonia para dirigirse con los suyos a una imprecisa tierra prometida, Canaán, hacia el occidente.

La estirpe de Abraham acomete, paradójicamente en dirección contraria a los jardines orientales del Edén, una cancelación de la caída, una lenta ascensión mesiánica, plagada de escollos. Entre los obstáculos se van sucediendo la migración y esclavitud en Egipto, el exilio a Babilonia, el colapso del reino de Israel y la desaparición de sus diez tribus, la destrucción del segundo templo, las revueltas contra los romanos. Mientras que esta rama se dispersa e inicia una diáspora siempre minoritaria entre otros pueblos, volcada aún más hacia occidente, vía Alejandría, Roma, Germania o Sefarad, dos otras, la cristiana y la islámica, se expanden en direcciones contrarias por todo el mundo.

El motor de esta vacilante ascensión correctiva y restauradora sería un principio ético, léase de justicia, ostensiblemente ausente en una naturaleza mancillada, donde prima la ley del más fuerte. Para la Biblia, el principio de la justicia propio de la ley divina es el legado que, pese al castigo, perdura en el género humano, exclusivo destinatario de la revelación, y por ello, único responsable de interpretarla.

A diferencia del tiempo cíclico de las culturas paganas arcaicas, la nueva orientación mesiánica, teleológica, de las circunstancias del mundo, da lugar a la historia propiamente dicha, una ordenación lineal del tiempo (idealmente ascendente), que registra el relativo acercamiento o distanciamiento ético que separa a la comunidad humana de su presumible redención.

Mientras que para la triple tradición monoteísta el hombre ocupa un lugar central en el mundo, tanto por su responsabilidad en la caída como por su potencial de redención, para los paganos desde Súmer, pasando por Grecia y Roma, hasta los modernos héroes seculares encomendados a la diosa de la Razón, la participación del ser humano en los inciertos designios del cosmos tiene un

peso infinitesimal. En efecto, los dioses del Olimpo y los de Uruk, como asimismo los principios fundamentales de la naturaleza y la ciencia, son indiferentes al hombre. La ciencia, que nosotros mismos hacemos avanzar de descubrimiento en descubrimiento, define una dimensión intermedia entre el ser humano y el mundo, y el conocimiento, en cada momento presente, parece estar en la cúspide de "la colina del tiempo", como dice Serres. Pero ello no basta para situarnos en el centro del universo, aunque nos dé la impresión de ocupar el punto óptimo de la temporalidad, en relación a todos los momentos del pasado. Al fin y al cabo, como lo demuestra la suerte de las teorías científicas ya desechadas o discrepantes,¹ dicha evolución no es continua, ni somos sus protagonistas, ni su progresión está garantizada, ni posee, al parecer, un objetivo final.

El hombre, ocasionalmente, había obtenido un papel anecdótico en el contexto de las rencillas entre dioses (Zeus vs. Hera, Tiamat y Marduk, etcétera) mientras intentaba atraer sus favores a través de sacrificios, ignorante de sus designios y, por ende, de su propio destino.

De forma similar, las herramientas tecnológicas en manos de los hombres tal vez solo revelan una sumisión a leyes naturales, quizá provisorias y éticamente neutras. Ciertamente permiten al hombre hacerse dueño de su entorno, pero las llaves del ser le son ajenas, al igual que las consecuencias últimas de sus manipulaciones. Para el creyente parece ilusorio pensar que las leyes naturales, además de *cómo*, consigan explicar *por qué* suceden los eventos tal como lo hacen, así como la razón de las regularidades que inductivamente exhiben. Ya Leibniz se hacía la muy poco intuitiva pero ineludible pregunta de por qué hay "algo" en lugar de "nada", y más recientemente Malcolm, parafraseando a Wittgenstein, advertía que, por sí mismas, las leyes naturales sin duda describen pero no *obligan* a que algo suceda, ni traen consigo la explicación de por qué

son esas las que son y no otras. Puede que precisamente el continuado asombro que nos producen las manifestaciones, esencialmente maravillosas, del ser, desde las más sencillas hasta las inconcebiblemente complejas, nos predisponga a un enfoque religioso, que aunado al antropocentrismo de la Biblia –con su atractiva noción del ser humano como medida, aunque delegada, de todas las cosas– explique su persistencia y expansión.

Para los paganos, la posteridad del hombre, sea en el Hades griego o en el Kur sumerio, está relegada literalmente a las sombras, al vacío, a la nostalgia y al pesar por las obras inacabadas en vida.²

Ur-Nammu, el gran monarca, al morir entra en el Kur, trae regalos para reconciliarse con deidades que le son hostiles y se encuentra con otros muertos, igualmente sombríos. Gilgamesh, convertido en el juez de los infiernos, lo inicia en las reglas del submundo. Pasan siete días con sus noches y Ur-Nammu aprende “el lamento de Súmer”: recuerda la muralla inconclusa de Ur, el cuerpo de su mujer que ya no puede abrazar, al niño que jugaba sobre sus rodillas... y de su boca emerge un amargo lamento.

Muy por el contrario, y aunque la noción de la eternidad como continuación de la vida en el más allá es relativamente reciente, la tradición judeocristiana ya había ideado nada menos que una alianza del hombre con Dios el creador. El Sheol hebreo no era muy diferente del Hades o del Kur, un triste dominio de sombras; sin embargo, su miseria podría trascenderse mediante la Gueulá, una redención mesiánica que la humanidad entera, vivos y muertos, alcanzaría cuando la justicia reine en el mundo, consecuencia del juicio final al cabo de los tiempos. Según los términos de dicha alianza, el ser humano se presta a ser la herramienta para el perfeccionamiento y la continuidad de la mismísima creación divina. Si bien es verdad que, por una parte, los humanos la han degradado como consecuencia

de la caída, por otra la completan y continúan gracias a su papel de nombradores y articuladores de un discurso que le vuelva a aportar sentido.

El cristianismo llevó hasta su extremo el acercamiento de lo humano y lo divino al introducir la noción de Dios hecho hombre. Desde entonces la salvación, hasta el retorno de Jesucristo, se hace accesible a nivel individual; el infierno o el paraíso son, como para el islam, una opción personalizada mientras que la salvación continúa siendo postergada y colectiva para los judíos hasta que merezcan la llegada del Mesías que esperan. Similarmente, para el segmento chií del mundo musulmán, la revelación bíblica, definitivamente corregida por Mahoma, es el anteproyecto del Apocalipsis que se confirmará con la venida del Mahdi, unos años antes del fin de esta era.

Esta original y común visión salvacionista de la odisea humana, con sus tres variantes a menudo en conflicto, fue bañando las márgenes del Mediterráneo de este a oeste, trazando los confines de lo que solemos identificar como *occidente*.

Tal vez podamos situar su toma de consciencia global en el siguiente episodio. En 1614, mientras era prisionero de Jaime I en la Torre de Londres, un viejo pero aún combativo Walter Raleigh, antiguo corsario, intrigante y aventurero de fama planetaria, redactó la primera historia universal de corte moderno, referente para las muchas otras por venir, titulada *Historia del mundo*. La saga de Europa, y su perfil crecientemente universal, aparecía allí subsumida en el enfrentamiento entre el imperio otomano que intentaba devolverla a sus raíces asiáticas y el imperio español que buscaba arrastrarla hacia un nuevo eje atlántico. Ausentes de la historia y de la política hasta finales del siglo XIX, las comunidades judías hacían su aportación a ambos bandos contribuyendo desde los márgenes al comercio, la cultura, las finanzas, la medicina, o proporcionando la imagen famil-

iar del otro demoníaco que por oposición definía la identidad propia.

Por cierto, las tres grandes corrientes abrahámicas no surgieron necesariamente para enfrentarse o competir entre ellas, aunque se consideraron sucesivas actualizaciones de la inmediatamente precedente. En realidad, distintos contextos geográficos y temporales dieron lugar a estrategias de redención diferentes, que respondían creativamente a los desafíos históricos y políticos que cada una de ellas iban encontrando por separado.

La intención de este libro es señalar cómo esos caminos se fueron entrecruzando, coincidiendo y chocando hasta nuestros días y cómo sus alternativas siguen constituyendo el leitmotiv narrativo de una contemporaneidad globalizada. La tarea suena desmedida, ciertamente insensata desde el punto de vista académico, considerando las múltiples parcelas inviolables de saber que violaremos, y solo es concebible desde la perspectiva de un observador curioso tan informal como, espero, bien informado. Con el objetivo de hacer abarcables mis reflexiones, intentaré comparar el enfoque de cada una de las tres tradiciones bíblicas respecto a cuatro parámetros que me parecen fundamentales: la fuente bíblica considerada común, las diversas formas de interpretarla, sus respectivas aproximaciones a la historia y, finalmente, cosa que nos acercará a la actualidad más candente, sus modelos de buen gobierno.

Carlos I y Suleimán el Magnífico, enfrentados inconclusamente en los aledaños de Viena, son metáfora de una frontera religiosa, política, militar, a veces herméticamente sellada y más a menudo porosa y de mutuo intercambio, que sigue siendo irremediablemente mundial. Esa misma frontera movediza está hoy animada por concepciones del fin de la historia, de conflicto de civilizaciones, de globalidad contra nacionalismo, de yihadismo o de desencanto nihilista, que conservan todas ellas su relación de par-

entresco con las múltiples versiones de la compartida tradición bíblica.

Ojalá este libro aporte algunas claves novedosas para comprender la actualidad mediante la perspectiva poco habitual de analizar el presente más inmediato desde sus raíces más remotas.

Este tema me ha ocupado a lo largo de mi vida. Circunstancias personales que no detallaré aquí me acercaron íntimamente a las tres religiones de la Biblia. Esta será la única vez que hablo en primera persona. Aunque permanezca ausente del texto, este libro constituye mi autobiografía intelectual: el relato de mi punto de vista. Ojalá tenga interés para algunos lectores armados de tanta curiosidad como paciencia.

I LAS FUENTES

Las religiones monoteístas, además de compartir una original noción salvacionista y de haber participado activamente en el diseño histórico –admitidamente, de geometría variable– de occidente, comparten, y esto es fundamental, las mismas y escasas fuentes directas de referencia sagrada: la Biblia hebrea, de forma expresa para todos, e implícitamente un puñado limitado de nociones del pensamiento griego atribuidas o atribuibles a Platón y a Aristóteles.

Desde esta perspectiva de origen común, parece incomprendible el abismo que las separa, especialmente si se considera que las tres corrientes bíblicas profesan una fidelidad absoluta a un texto fundacional considerado único, idéntico e inmutable, en cada uno de sus puntos y letras.

Sin embargo, veremos que en realidad tal texto es, en el mejor de los casos, virtual, dadas las versiones dispares que de él existen. Estas varían, no solo entre aquellas adoptadas respectivamente por judíos y cristianos sino que cada una de ellas ha sido objeto de múltiples debates internos.

El libro fundamental, el Tanaj o Antiguo Testamento, no es en realidad un libro sino una biblioteca recopilatoria de textos dispares. Y ese es también el caso del Nuevo Testamento, rechazado por los judíos, cuyos testimonios paralelos de la pasión de Cristo, presentan, como veremos